

Ángel Suquía

LUMEN

Vol. XII, Marzo - Abril (1963), pág. 137 - 155

Jesús Montero Tirado S. J.

sinceridad y educación

Con breve introducción el autor justifica su artículo: "...el hombre de hoy siente una nostalgia de sinceridad más hiriente aún, si cabe, que el hombre de otras épocas..." "Sin embargo, es doloroso observar el contraste brusco que existe en el mundo y en el hombre de hoy... Se la desea como nunca y ella vive ausente de los mismos que la desean".

Inmediatamente, puesto que "la sinceridad tiene mucho que ver con la verdad" y fácilmente se confunden, el autor perfila sus conceptos. Cuando Suquía afirma "Por eso educar no es sólo educar en la sinceridad. Es también educar en la verdad y la caridad" (pág. 139), entonces el tema ha quedado centrado y enfocado. Un toque más, otra nueva alusión a nuestra actitud: "Nuestra generación acaso haya dado a la sinceridad un valor demasiado absoluto y único. No ha sabido, o no ha querido, relacionarla con la verdad, y mucho menos con la caridad. Se airea demasiado lo sincero y auténtico, sin cuidar de si lo sincero y auténtico es al mismo tiempo verdadero. Se dice todo. Mejor, se alardea de decir todo. Sin advertir siquiera, si lo que se dice hiere a la verdad o al bien..."

Y ya tiene el toro dispuesto para la faena.

¿Qué exige la tarea profunda de educar? "Que se dé al alma la verdad entera, limpia y completa". "En primer lugar, la verdad religiosa" (142), "en segundo lugar, que enseñe a los hombres la verdad de una vida que ha de estar siempre y en todo en armonía con la doctrina que se profesa" (143). "En tercer lugar, la educación exige que se dé al alma la verdad de lo que debe hacer. Del deber, en una palabra" (143), "en cuarto y último lugar, que se dé al alma la verdad de las realidades de la vida" (144).

Hasta aquí el artículo fluye suavemente. De pronto, una brusca transición, salvada por un epígrafe, nos introduce en la misión del educador con

respecto a la verdad: *"cooperador de la verdad"*.

El educador debe proceder con autenticidad, sinceridad y en silencio, para conocer, poseer, vivir y reflejar *"sin trampa ni cartón"* la verdad.

El autor dice después que la sinceridad requiere *"cierta pedagogía"*. Así empieza el último capítulo del artículo, quizás el más personal y práctico. Nos advierte el riesgo de los extremos en la pedagogía de la sinceridad, y destaca entre todos la mentira que *"se inserta en el miedo"*. Recoge la teoría del P. Armentia sobre *"las maneras con que los padres contribuyen a hacer mentirosos a sus hijos"* y repite el afortunado análisis de esas maneras: mentiras de comodidad, mentiras de vanidad, mentiras de utilidad y mentiras de fantasía (151).

Termina aconsejando al educador fortaleza, humildad, desinterés, confianza, ambiente cálido, independencia de carácter, personalidad, que evite comentarios sobre la propia conducta, que evite también los secretos, que no ofrezca si no piensa dar, que no prometa si no piensa cumplir, etc.

Al fin cancela el artículo aludiendo a un medio especial: el amor de Dios, la comunión en Dios que *"como un sacramento consume lo que hay de engañador en el hombre"*. *"Salir para encontrar a Dios, pasar a El, apoyarnos en El, aprender a no ser más que uno con El, y dejar que su amor consuma nuestro amor propio, de manera que la unión pueda realizarse, he ahí lo que tenemos que hacer para ser sinceros"*.

Evidentemente el artículo es interesante. Además de interesante, actual. El tema viene aflorando en libros y revistas enriqueciéndose con nuevos aspectos. (Por ejemplo. En la revista Hechos y Dichos de agost-sept. ALEJANDRO ROLDAN S. I., con profunda observación delimita las características de la sinceridad hoy, y esboza la descripción de la sinceridad a que debemos aspirar).



Es lástima que ANGEL SUQUIA no haya madurado más el tema. En momentos he sentido la impresión de que el artículo está escrito a empujones, supliendo al pensamiento personal, a la visión original del problema, la cita fácil de fichas y textos de otros autores. Y precisamente porque estoy de acuerdo con el autor en esta interesante síntesis sobre la sinceridad, me atrevo —sin ser especialista— a dialogar su artículo en estas líneas.

Me gustan las soluciones que aporta. Pero no sé —ahora pregunto— si serían las mismas planteando el problema de la sinceridad más concretamente.

Opino que la vivencia y la concepción de la sinceridad están seriamente problematizadas en el joven por lo que llamamos “urbanidad” y por otros convencionalismos sociales, comerciales y políticos.

Sería luminoso saber qué sentido tienen las costumbres de urbanidad para el hombre actual. Sospecho que la mayoría, casi diría todos, aceptan esas normas como un imperativo social ineludible para la convivencia, pero al que no encuentran más explicación que la elegancia, la moda o el que las cosas son así. Y desde luego estoy convencido de que la urbanidad tomada y enseñada, impuesta a los jóvenes así es una de las maneras más refinadas de fomentar la insinceridad. Aquí, sin subrayar los verbos, me parece elocuente el párrafo de S. Gregorio Magno. Las sonrisas, las flexiones de cabeza o cintura, las tópicas frases de amabilidad al saludar son frecuentemente expresiones totalmente insinceras. En realidad porque les falta un sentido, el espíritu de la urbanidad. La urbanidad —que fomentaría así la insinceridad— no se debe imponer por elegancia, por moda o por sino, se ha de aceptar porque responde a la expresión de una vivencia íntima: el otro es una *persona*, imagen, criatura, hijo de Dios. Por eso le saludo amablemente,

te, le cedo el paso o la derecha, me presento ante él aseado y le ofrezco mi casa.

El que pretende educar a la juventud para la sinceridad debe imbuirles el respeto a la persona —no porque me pueda servir, porque tenga dinero o simpatía— sino porque es criatura de Dios, hijo de Dios, digno de toda amabilidad y entrega, aunque sea pobre, inútil y antipático. (“Lo que hicieris a uno de éstos, a mí me lo hicieris”, etc...).

Más difícil es la misión del educador para contrarrestar la falsía de otros convencionalismos sociales, comerciales y políticos. La mayoría son obra nuestra para defender nuestro egoísmo, que más tarde nos traicionarán revertiéndose contra nosotros. Quizás somos ya prisioneros de nuestros propios convencionalismos.

Naturalmente el joven de hoy —aunque la añore y desee con vehemencia— no puede tomarse en serio ni creer en la necesidad y conveniencia de la sinceridad, cuando está viendo que el progreso, la publicidad, el comercio y la política están trenzados con muchos formulismos equívocos, con slogans falsos, que todos aceptamos y que todos repetimos.

¿Explica esto “el brusco contraste” ante la sinceridad? ¿Se puede luchar contra los convencionalismos que hemos creado? ¿Qué explicación de los convencionalismos debemos dar a los jóvenes para que crean y vivan la sinceridad que desean? ¿Se les ha de formar sinceros para la vida privada y “políticos astutos” para el quehacer público? ¿“Se diría que la tendencia natural del hombre a la verdad sufre violencia” e irremediamente ha de morir frustrada?

Soy optimista y creo en las soluciones. Espero que Vds. los especialistas descubrirán nuevas tácticas para los nuevos problemas. Entretanto agradecemos la luz que con sus artículos van proyectando en nuestras vidas.